

Sus discípulos de la causa que lo produce, es decir, de la ociosidad. “No esteis nunca, les decia, en una regalada inaccion; porque de aquí viene la corrupcion de la juventud. Si los deberes de vuestro estado no bastan para llenar vuestro tiempo, ocupaos en cosas inocentes, haced vuestras camas, barred vuestro cuarto, cambiad de lugar vuestros muebles, engarzad rosarios, ó bien leed ó escribid.” Sus ejemplos confirmaban sus lecciones; porque á cualquiera hora que se le fuera á ver, siempre se le encontraba ocupado.

Exigía de sus amados jóvenes, el uso frecuente del sacramento de la penitencia; pero no era tan fácil en admitirlos á la sagrada mesa. Quería indispensablemente que se preparasen para este acto sagrado, con ejercicios espirituales que él mismo les prescribia. Todavía mas, solia suceder que viniesen ya dispuestos para gozar de esta inefable dicha, y él los remitia para otro dia, indicándoles nuevas prácticas. Preguntándole uno en cierta ocasion el motivo de esta conducta, respondió: primero, que la comunión es con bastante frecuencia una ocasion de graves tentaciones, á las que no es raro sucumban los jóvenes; segundo, que cuando se les admite muy fácilmente á éste sagrado convite, lo reciben con muy poca reverencia: tercero, que la mejor preparacion es el deseo, segun aquella expresion de la Escritura: “Los que tenéis sed venid á las aguas;” y que la dilacion es el medio mas seguro de excitar esta sed abrasadora.

CAPITULO XVII.

Santa pericia de Felipe en la asistencia á los moribundos.

LUEGO que alguno de sus hijos espirituales llegaba á enfermarse, dejaba cuanto tenia entre manos para volar á consolar aquel hijo querido en el lecho del dolor, y hé aquí el método que observaba en esta clase de visitas. Al entrar al cuarto del enfermo, se arrodillaba y oraba por él, encargando á los presentes que hiciesen otro tanto. Exhortaba despues al paciente á que supiera aprovecharse de sus sufrimientos, y le indicaba el modo de hacerlo. Sus visitas eran cortas pero continuadas, y las repetia con tanta mas frecuencia, cuanta mayor era la necesidad de la persona. Si la enfermedad tocaba ya los últimos extremos,

no abandonaba al paciente: lo consolaba, lo alentaba, le daba armas contra las tentaciones del espíritu de tinieblas, y hacia todo esto con un fruto maravilloso. Citemos algunos hechos.

Entre sus discípulos mas adictos y piadosos, se encontraba un hábil maestro de música, llamado Sebastian. Este pobre jóven cayó enfermo de muerte, y se le apareció el demonio bajo una figura horrible, no omitiendo nada que pudiera inducirle á la desesperacion. Resistió desde luego á sus pérfidas insinuaciones; pero llegaron á agotarse sus fuerzas, y á faltar su valor. Entónces comenzó á exclamar amargamente diciendo: ¡Pobre miserable de mí! ¡Ojalá y nunca jamás hubiera yo nacido! Me hubiera estado mejor haber permanecido para siempre en la nada, que haber recibido la vida para ser arrojado en las llamas eternas. Hé aquí pues la horrorosa suerte que me espera, pues que ya no hay para mí esperanza alguna de salvacion.” Avisado el cura de aquella parroquia del estado de este feligres, acudió á consolarlo; pero el desgraciado no quiso verle ni oírle. Apartó sus ojos de él, y le dijo con furor: “Libradme de vuestra inútil presencia, nada podeis en mi favor: yo soy perdido.” Se retiró el cura, y el enfermo volvió á sus tristes lamentaciones, que duraron dos horas. En fin, tuvo el buen pensamiento de llamar á Felipe. El santo, penetrado de compasion, ocurrió al momento. Al abrir la puerta del cuarto que el enfermo llenaba de

dolorosos gritos, dijo con una voz imponente: “¿Qué es esto, hijo mio? ¿Qué significan estos lamentos?” Despues acercándose á su cama y poniéndole la mano sobre su cabeza, le dijo: “Sosegaos.” A esta palabra calló el enfermo, y luego dijo en alta voz: “El diablo teme; vedle como se va: ¡oh! ¡Felipe puede mucho! ¡qué admirable virtud la suya! ¡Viva Jesus! ¡Viva Felipe! A este padre debo el verme libre. Sin él hoy bajaría yo á los infiernos.” Se confesó y recibió la absolucion; y transportado de alegría, entonó un cántico del Oratorio, en el que se nombra cien veces el dulcísimo nombre de Jesus. Despues, levantando sus ojos al cielo, exclamó: “He aquí á los ángeles, he aquí á los arcángeles,” y diciendo esto espiró en los brazos de su santo director.

Persiano Rosa, que habia llegado á una eminente perfeccion bajo la conducta del siervo de Dios, cayó gravemente enfermo, y fué asaltado de horribles tentaciones. En su apuro se le veia resguardarse con la señal de la santa cruz, y apartar sus ojos de no sé que objeto. Corrieron á avisar á Felipe, que voló al instante á ausiliar al moribundo, que le dijo con una voz lastimera: “Santo Felipe, rogad por mí, y echad para fuera ese mastin negro tan horroroso, que quiere devorarme.” El santo se arrodilló, invitó á los asistentes á que hiciesen otro tanto, y rezó con ellos la Oracion dominical y la Salutacion angélica. Apenas acabaron estas cortas oraciones, exclamó

el enfermo: "*Deo gratias*, ya no está aquí el perro; se há espantado." Felipe se levantó, roció de agua bendita al enfermo y le bendijo. No fué menester mas para que el paciente recobrase su paz y serenidad. Dos dias pasó con todo sociogo y murió lleno de esperanza.

Gabriel Tana, jóven de diez y ocho años y de una piedad ejemplar, cayó enfermo y se vió desauciado de los médicos; sin embargo, no quiso persuadirse de su próxima muerte, y alucinado del demonio, tenia un deseo tan grande de la vida que ocupado completamente de él, no le permitia prepararse para morir. La familia lloraba ya su pérdida, y en su afliccion llamó á su confesor, que vino luego á verle, y le preguntó por el estado de su salud: "Padre mio, le contestó riéndose, estoy muy aliviado, y aun ya casi estoy seguro de mi curacion; ayudadme con vuestras oraciones á dar gracias á nuestro Señor." El santo sacerdote, á quien Dios habia revelado su próxima muerte, y que veia la astucia del demonio, le dijo: "Hecedme donacion de vuestra voluntad, para que yo la ofrezca á Dios en union de la víctima inmaculada, y decid al demonio cuando venga á inquietaros con el pensamiento de vivir: "No tengo ya voluntad, porque ya la he sacrificado á Jesucristo." El enfermo respondió afirmativamente, y Felipe dijo á los asistentes: "Voy al altar, unid vuestra intencion á la mia, mientras ofrezco por este hijo querido la víctima sacrosanta."

Volvió á ver al enfermo despues de su misa, y le encontró mudado enteramente: al deseo de la vida, habia sucedido el deseo de la muerte, y no cesaba de repetir aquellas palabras del Apóstol: "Deseo morir para vivir con Jesucristo." Felipe le presentó el crucifijo; lo besó amorosamente y lo regó con sus lágrimas: despues se volvió á sus amigos y los exhortó á que consagrasen á Dios todos sus afectos, y despreciasen las vanidades del mundo. "Creedme, les dijo, no solo muero sin pesar, sino que deseo la muerte para volar al cielo: por lo mismo, padre mio, dijo á Felipe, no es ya la vida la que os suplico pidais á Dios para mí, es mi pronta disolucion, es mi salida de este triste lugar de destierro para marchar á mi pátria; obtenedme, os ruego, esta gracia, lo mas pronto posible." Permaneció en estos sentimientos hasta la tarde; y cuando el padre se despidió de él, todavía le dijo. "No veo la hora, padre mio, no veo la hora de ir al paraiso: por amor de Dios, rogad porque se cumpla mi deseo."---Pero hijo mio, respondió el santo, si nuestro Señor quisiera prolongar vuestra vida hasta la vejez ¿no os someterias á su santa voluntad?---Me someteria indudablemente, repuso el enfermo, pero vale mas que me valla, y vos me podeis conseguir esta gracia. Pedidle que muera yo ántes de media noche; ¿me lo prometeis?---Si, hijo mio, respondió el bienaventurado padre, yo os prometo pedirlo y conseguirlo."

El buen jóven tuvo gran trabajo en contener su

alegría; pero aun no estaba libre de nuevas pruebas y el santo creyó debía advertirselo. “Falta mucho tiempo de aquí á la media noche, le dijo, y preveo que el demonio ha de volver á la carga. Estad alerta, y no olvideis que habeis hecho á Dios el sacrificio de vuestra voluntad. Con tal que no revoqueis esta donacion, no teneis que temer; Jesucristo peleará por vos contra ese peligroso enemigo, y lo vencerá.” Para asegurar mejor su triunfo, le predijo las diversas tentaciones que habia de sufrir. En seguida se retiró para poder orar por él con mas libertad; pero al irse le dejó á Salviato y á Tarugi, encargándoles fuesen á avisarle si acontecia alguna cosa extraordinaria. Apenas habia pasado una hora, cuando dió principio el demonio á la batalla, y hé aquí de que manera: Los dos sacerdotes amigos del enfermo, rezaban junto á su cama la recomendacion del alma, y al llegar á aquellas palabras: “de una mala muerte, libradlo, Señor,” el jóven se rió y dijo: “Quien tiene á Jesucristo en su corazon, no tiene que temer morir mal.” No fué larga la ilusion, porque conociendo que esto era una sugestion del espíritu de orgullo, exclamó: “Rogad por mí, mis hermanos, el demonio ha hecho pecar á mi lengua; pero lo que acabo de decir no tiene cabida en mi corazon.”

Hasta entónces habia tenido constantemente en la boca, el dulcísimo nombre de Jesús; este era su consuelo y esperanza, y habia rogado á sus

piadosos amigos, se lo recordasen cuando lo olvidara. El demonio á quien desagrade demasiado oír este nombre sacrosanto; procuró quitarlo de los lábios del paciente; primero se lo hizo olvidar de tal suerte, que en vano lograba recordarlo, y cuando daba con él, se encontraba su lengua tan embarazada, que no podia absolutamente pronunciarlo. Afligido en extremo por este incidente, dijo á sus amigos: “Ayudadme, hermanos míos, ayudadme: no puedo ya pronunciar. . . .”---“¿Que cosa, le preguntaron, éstos? ¿el nombre de Jesús?” El enfermo hizo una demostracion afirmativa y añadió: “¿Qué terrible tentacion ésta, que no me deja pronunciar este dulce nombre que hace toda la delicia de mi alma!” Al momento se puso á repetirlo muchas veces, quejándose de no poderlo hacer con toda libertad. Esta tentacion lo atormentaba hasta el grado de hacerlo sudar á mares: entónces fueron á llamar á Felipe, cuya presencia regocijó en extremo al paciente, y la tentacion desapareció.

Sin embargo, no fué esta una victoria decisiva, porque al momento mudando de plan el demonio, le dió dos nuevos asaltos, uno contra su fé, y otro contra su abandono á la divina voluntad. En su afliccion volvió los ojos á Felipe, y le dijo: “Socorredme, padre mio, porque me parece que no creo en las verdades de la salvacion, y que no me conformo con morir.”---“No hagais caso de eso, le dijo el santo, son embustes del espíritu maligno;

decid conmigo: Yo creo, yo creo." Lo dijo así muy claramente, pero la ilusión en que estaba su espíritu le hizo pensar que pronunciaba mal aquellas palabras, y que tampoco creía. Entonces Felipe hizo rezar el Símbolo á los asistentes, y le mandó al enfermo que lo repitiese en voz baja. A este golpe, el demonio rindió las armas, y el moribundo se sintió tan fortalecido, que se atrevió á insultar á su adversario, diciendo: "Quieras que no quieras, he de creer hasta mi última hora." Después se vió muy fatigado, y el espíritu infernal creyó poder aprovechar esta circunstancia para inducirlo á la desesperación, apareciéndosele bajo una figura horrorosa. A este espectáculo, el pobre jóven mudó de color, y manifestó su espanto, huyendo la vista y procurando acercarse cuanto podía á su confesor. Después, haciendo un grande esfuerzo, exclamó con un tono lastimero: "¡Desgraciado de mí, cuántos pecados he cometido! ¡cuántos crímenes y maldades! ¡Señor, tened misericordia de mí! Padre mio, echad para fuera estos perros hediondos que me rodean y que me quieren hacer pedazos." Felipe con su acostumbrada confianza, puso sus manos sobre la cabeza del enfermo, y dijo al espíritu de las tinieblas: "¿Cómo te atreves, espíritu inmundo, á resistir tan tenazmente á la divina gracia? Yo te mando en nombre de Jesucristo, á quien han tocado mis manos esta mañana en el altar, que huyas al instante y dejes ya tranquilo á este cristiano.

Y vos, hijo mio, alentaos y decid conmigo: "Desapareced vosotros todos, autores de los pecados del mundo, desapareced. ¿Porqué, hijo mio, os entregais al temor? Si habeis ofendido á Dios, Jesucristo ha muerto por vos y os redimió con el valor infinito de su preciosa sangre; entraos en la llaga de su adorable corazón, ocultaos en sus sacrosantas heridas, y no tengais ningun cuidado." Después de estas palabras, se arrodilló el santo y oró. Fué su oración poderosa, porque casi al momento exclamó el enfermo: "Ayudadme á dar gracias á Dios, hermanos míos, los perros se van; Felipe los ha lanzado. ¡Oh! ¡qué carrera llevan; como desaparecen!" é indicaba con el dedo el lugar por donde iban. "En fin, añadió, el triunfo es nuestro. Ya podré pronunciar el dulce nombre de Jesus con toda satisfacción; sí, lo repetiré una y mil veces para mi consuelo y salvación."

Hablando de esta suerte, miraba amorosamente el crucifijo, y derramaba dulces lágrimas. Volvió luego sus ojos hácia sus amigos, y les dijo con un tono que penetró sus corazones: "¡Qué hermosa luz alumbra á mi alma! ¡Ahora comprendo lo que nuestro buen padre nos ha dicho tantas veces; que quitamos al Criador el afecto que ponemos en las criaturas: amad pues, hermanos míos, amad os suplico, á Dios solo, con todo vuestro corazón!" A estas palabras, tomó el crucifijo, y fijando en él sus miradas abrasadas de amor, le besó tiernamente, y estendió su otro brazo, dicen-

do con una voz mucho mas elevada: “¡Viva Jesus en todo el mundo! ¡viva Jesus por los siglos de los siglos!” Felipe vió que se estenuaba, y le indicó que callase, diciéndole: “Ya está, hijo mio, ya está; dejad á Dios el cuidado de vuestra alma.” Obedeció el jóven y calló. Los médicos que observaban la energía que aun tenia, presumieron que aun viviría hasta el dia siguiente; pero Felipe les dijo: “Os engañais, en cuanto haga el menor movimiento morirá.” En efecto, ántes que pasara media hora quiso volverse sobre el lado derecho, y el esfuerzo que hizo le trajo la muerte. Miró por última vez á su bienaventurado padre, pronunció el dulce nombre de Jesus, y espiró.

Santiago Marmita, otro discípulo del santo no ménos virtuoso que Tana, pagó como él, el tributo impuesto á la miserable humanidad. Presa de una ardiente fiebre, que muy presto le redujo al último extremo, la vista de la muerte lo sumergió en un dolor inconsolable. Avisado Felipe de su estado, vino á socorrerlo y le dijo: “¿A dónde está vuestro antiguo valor, hijo mio? Invocad al Señor y decidle: ¡Oh Dios mio, mi refugio y virtud, mi apoyo en la tribulacion!”—“Que me ha agoviado, repuso el enfermo, completando el texto” Juzgando el santo por esta respuesta, que no estaba muy resignado en la voluntad de Dios, se esforzó en consolarlo, y sobre todo en hacerlo conformarse con el querer del Señor, y lo

consiguió tan perfectamente, que el enfermo recobró su serenidad, y murió alegre y contrito.

Un padre francés del Oratorio, llamado Nicolás Gigli, se hizo muy amigo de nuestro santo por sus raras virtudes. Cayó enfermo, y el mal hizo tales progresos, que no dejó ya esperanza alguna de vida. Tal era su estado, cuando un dia se oyó en la casa un ruido formidable. Felipe que estaba en su capilla, llamó al padre Consolini, y le dijo: “Pasad prontamente á la enfermería, y volved á decirme qué es lo que hay por allá.” Fué corriendo y encontró al padre Nicolás en una alegría difícil de describir. Tenia sus manos levantadas al cielo, y decia: “Gracias sean dadas al Señor. Vino, se fué, venció.” Volvió Consolini á ver al santo, quien despues de saber lo que pasaba, respondió: “¡Bendito sea Dios! todo va bien.” Poco despues fué á ver al enfermo, el que le dijo luego que llegó: “¡Ay padre mio! hasta hoy he vivido sin conoceros; ¿porqué he comenzado tan tarde á apreciar vuestras virtudes?” Parece que era dendor al santo de la victoria que acababa de alcanzar sobre el monstruo infernal, y que Dios se lo habia hecho conocer. Podria aun añadir otros muchos ejemplos; pero bastan ya para mi objeto los referidos.